

# Impresiones de Colombia (1)

---

*El más suntuoso número de los festejos centenarios celebrados en Bogotá, fue el traslado de los restos del Adelantado Jiménez de Quesada a la Catedral. Desde el púlpito de oro de ese histórico templo vibró la palabra académica de monseñor Castro Silva, el más castizo de los oradores sagrados.*

---

*En la Atenas de la América española se reunieron mentalidades como el sociólogo francés André Siegfried, el doctor Rivet, el profesor Latorre, el general Chiriboga, Alfred Coester, Octavio Méndez Pereira, etc.*

---

## Por Alejandro Aguilar Machado

Desde el propio día que ingresó a esta capital el señor secretario de educación, licenciado don Alejandro Aguilar Machado, le solicitamos sus impresiones de viaje, ya que sabíamos que pocas veces había sido tan agasajado, como en aquella república mayor, cuna de la aristocracia del talento en América. El nos ofreció atendernos, en forma amplia, otro momento, cuando se hubiera repuesto de la fatiga del viaje. Fue ayer. Su palabra, siempre fluida, se deslizó en amena charla, así:

El deseo suyo de recoger para *Diario de Costa Rica* algunas impresiones de mi reciente viaje a esa gran república, que es Colombia, permíteme una satisfacción: la de hacer público homenaje a ese país culto, entre los cultos, cautivador como ninguno, por los prodigios de su naturaleza incomparable, dueño y señor del alma de cuantos lo visitan por la estirpe selecta de sus hijos, en quienes la cultu-

---

(1) A su regreso a San José el licenciado Aguilar Machado, secretario de educación de la República de Costa Rica, concedió para el «Diario de Costa Rica» las declaraciones que a continuación podrán leerse. Hemos dejado los títulos originales que ellas traen en el periódico costarricense. *N. de la R.*

ra manifiéstase no como una adquisición del esfuerzo, sino como una categoría del espíritu. Mi vinculación con Colombia durará cuanto yo viva, y en el bregar de cada día el mejor lenitivo para los afanes y el más poderoso estímulo en la lucha, habrá de ser, sin duda alguna, el reflejo de esa Bogotá, sutil, risueña, moderada y sonriente, al par. De esa Bogotá que en el más bello sitio del planeta extiende la majestad de sus atributos, como un jirón que simbolizara lo mejor del alma castellana, sembrado en el corazón mismo de América. Toda Colombia es prodigiosa, es bella; exuberante. Pero Bogotá es el sitio en donde así mi naturaleza vegetativa como mi sér espiritual, hubieron de encontrar el más apropiado marco para la plena florecencia de sus pocos cuanto modestos atributos. Con mi Costa Rica, Colombia será de hoy más la patria de mi espíritu, por lo que no podré serme jamás indiferentes ni sus glorias ni sus dolores. Ya en los planos de mi mundo emocional Costa Rica y Colombia constituyen para mí la entidad suprema en donde se finca la más honda devoción el ánima y mis mayores anhelos. Como usted lo sabe, me fue dado recorrer toda la parte vitalizada de Colombia: los sectores en donde se levantan las urbes que la magnifican, los verjeles que le brindan el sustento. Me faltó sí, el conocer las inmensas reservas de la gran nación, aquellas tierras inéditas que por su magnitud pueden contener y contendrán algún día tantos habitantes, cuantos tienen Alemania y Francia juntas. Entré a Colombia por Buenaventura, en el Pacífico, y salí por el relicario de Cartagena, en el Atlántico. Visité, pues, Cali, Armenia, Ibagué, Medellín, Barranquilla y la amurallada ciudad de San Pedro de Claver. Viví un mes completo en la excelsa Bogotá; y viví ese mes con la mayor intensidad que me permitieron mis propias fuerzas. Lo viví en la plena excelencia de la clásica vida santafereña, vida que proyecta en no pocos de sus aspectos el estilo alado, inconfundible y único de aquel memorable siglo de oro de nuestra gallarda España. Hablemos de la periferia para llegar luégo, con paso respetuoso, al corazón del país donde duermen el sueño de los héroes y de los justos las cenizas de don Gonzalo Jiménez de Quesada, el Licenciado. Cali, a una altura comparable a la de Alajuela, es ahora una población más densa que San José; con algunos edificios dignos de cualquier ciudad de América, como los palacios de Gobernación y del Ayuntamiento. Posee un inmejorable acueducto. Está situado en la parte alta de la ciudad en un sitio desde el cual contempla-

se el inmenso Valle del Cauca, y en zona desde la que puede apreciarse primero que todo, el escenario en donde Jorge Isaacs buscó alimento para las fibras románticas de su delicado corazón. En Cali fui atendido con esmero, con señorial distinción por el poeta Nieto, egregio cantor de Cauca, por Mario Carvajal, ensayista y escritor insigne, por los Zamorano, cultísimos caballeros que quieren hondamente a Costa Rica, por mi querido amigo y compañero Jorge Pradilla y por la familia Ramos, generosa, hospitalaria, en fin, colombiana, ciento por ciento. En el banquete con que se me obsequió en la ciudad de Cali, sentáronse a la mesa los más vigorosos intelectuales y políticos de la ciudad. Después de Cali se atraviesa el Valle del Cauca en una longitud de cerca de doscientos kilómetros en ferrocarril, lo que permite darse cuenta de aquella inmensidad de tierra plana y soleada, llena de pastizales y de ganados, como si fuera una prolongación de nuestro Guanacaste, pero, con horizontes que casi parecen infinitos. Lo que más impresiona de esta jira, es que inmediatamente de abandonarse ese valle, y ya en automóvil, se recorren, en muy buena carretera, kilómetros y kilómetros de unas montañas inmensas, impresionantes, algunas seguramente tan altas o más altas que nuestro Irazú, para llegar después de una breve estancia en varias ciudades de importancia, a la que fue y es Atenas de la América Española.

El panorama de Antioquia es el que más analogía guarda con el nuestro. Medellín se asienta en un valle muy semejante al de San José. Medellín, como Cali, es más densa ciudad que nuestra capital. Con mucha justicia vive orgullosa de su espléndida universidad, de su hospital muy bueno y de unos cuantos palacios que son dignos de figurar en cualquiera de las grandes capitales. En Medellín fui objeto de las atenciones del doctor Joaquín Vallejo, director de educación del departamento, quien en asocio de nuestro compatriota Miguel Angel Blanco, gran costarricense que sirve con el más exaltado patriotismo a sus conterráneos, mostróme cuanto de interés tiene, y mucho es, la capital de Antioquia. En la Universidad recibí especiales atenciones del señor Sierra, del señor bibliotecario y del ilustre teólogo doctor Restrepo. Hace siete u ocho años visité, con mi hermano Guillermo, a Barranquilla. Confieso que me dejó entonces muy mala impresión: pésimas calles, insignificantes las construcciones; empezaba sí, el barrio residencial del Prado, como una prolongación moderna de la vieja y poco agrada-

dable urbe de aquella época. Ahora, supe que estaba en Barranquilla, porque no podía ignorar la ruta de mi viaje. Pero la Barranquilla de hace ocho años no existe, se acabó: se fue! A estas horas Barranquilla es una imponente ciudad moderna. Dotada de enormes edificios de cemento armado, de amplias calles, de un tránsito considerable y de un acueducto que le da el agua más pura y deliciosa que pudiera apetecer el sediento. El Hotel del Prado puédesse comparar con cualquiera de los hoteles de primera calidad de la Costa Azul. Y ahora mismo, el gobierno local de Barranquilla está haciendo una imponente avenida de cuatro kilómetros que va de la estación al estadio. Esta es la Avenida Olaya Herrera, y en ella quiere recibir la ciudad de Barranquilla a los deportistas que la visiten con ocasión de las próximas olimpiadas del Caribe y Centro América.

Poco diré de Cartagena. El material para hablar de este relicario de América es inagotable; pero son ya muchos los costarricenses que han tenido la fortuna, en diversos viajes, de visitar esa joya histórica del continente, por cuanto lo que yo dijera acerca de ella fuera de escaso interés. Cartagena es una ciudad museo. Para apreciarla débese visitar casa a casa: tanto es el valor histórico de cada morada! La Catedral, la casa de los Inquisidores, la Iglesia de San Pedro Claver, en donde reposan los restos del santo, que se muestran al visitante, la ermita risueña en donde duerme el sueño de la eternidad el gran Rafael Núñez, el palacio de los marqueses de Hoyos; y qué decir de aquellas murallas, del fuerte de San Felipe, construcciones éstas en donde sí siente uno todo el poder de los conquistadores españoles, todo el vigor de esa raza que parece de cíclopes o de gigantes! En Cartagena el señor gobernador, doctor Manuel F. Obregón, con su secretario particular, don Donaldo Herazo, atendióme en forma tal, con demostraciones de tan vivo afecto, que quiero dejar consignado aquí para él, mi eterna gratitud. El gobernador Obregón vive agradecido de Costa Rica. Cuenta que le recibimos con los brazos abiertos cuando llegó a nuestro suelo, como emigrado en la época de las guerras civiles de Colombia. Vivió cerca de ocho años en Limón, ejerciendo su profesión de médico con cabal éxito. Guarda con orgullo su título profesional, entre otras razones, porque lleva las firmas de don Justo A. Facio, quien lo autentica como subsecretario de educación pública, y del doctor Rafael Calderón Muñoz, quien hace lo propio como secretario de la facultad de medicina de Costa Rica. No ha

olvidado ni olvidará nunca el abrazo que le dio, después del examen de incorporación, el doctor Elías Rojas, quien presidió el tribunal, abrazo que acompañó con esta frase: "Ha dejado usted muy bien puesta la bandera colombiana". Este gobernador, en el banquete que me dio en el club social de la ciudad, hizo un brindis de amor y gratitud para Costa Rica. Nunca habremos de olvidar los gestos del doctor Obregón! Debo gratitud también al rector de la Universidad de Cartagena, en cuya compañía tuve el placer de visitar a doña Clemencia Bonilla de Argüello, hoy residente en esa ciudad, y a su apreciable familia.

\* \* \*

Bogotá fue fundada el 6 de agosto de 1538, día de la Transfiguración del Señor. Fray Pedro Simón refiere así ese acto: "El general Gonzalo Jiménez de Quesada se apeó del caballo y arrancando algunas yerbas y paseándose, dijo que tomaba posesión de aquel sitio y tierra en nombre del invictísimo Emperador Carlos V, su Señor, para fundar allí una ciudad en su mismo nombre, y subiendo luego en su caballo, desnudó la espada diciendo que saliese si había quien lo contradijese en aquella fundación, porque él la fundaría con sus armas y caballo; aún no habiendo quién saliese a la defensa, envainó la espada y mandó al escribano del ejército hiciese instrumento público que diese testimonio de aquella, con testigos". Al referirse en la época de la fundación a aquel sitio, los capitanes Juan de San Martín y Antonio de Lebrija, compañeros de Quesada, en carta al Rey, decían: "Es tierra sana en gran manera, porque después que estamos en ella, que puede haber dos años o más, no nos ha faltado hombre de dolencia alguna", y así tenía que ser! El marco geográfico en donde se asienta la ciudad de Bogotá, es el más bello, con las márgenes del lago Lehmann en Suiza, que mis ojos hayan logrado contemplar. A 2.600 metros sobre el mar, abrazándose a una enhiesta cima que es el Monserrate, y desplegándose como una clásica tela en una sabana que se proyecta hasta cubrir cien mil manzanas de tierra, Bogotá palpita y vive sobre el legítimo "El Dorado" que tanto inquietara a la fértil imaginación de los conquistadores. El despertar de Bogotá contemplado desde el Monserrate o la misma ciudad vista desde allí, con toda su iluminación, en la noche, es algo que para ser descrito, el lenguaje carece de los recursos de plástica y colorido, que sí tiene la

plástica y el colorido de la pintura, la cual apenas puede dar una lejana impresión de ese panorama. *único en el mundo!* Quizá por el excesivo frío o por el viento del páramo, mis cultos amigos de Bogotá sorprendiéronse de que yo pasara un día y una noche sobre el cerro de Monserrate. A este respecto mi querido Cornelio Hispano me dice en una carta afectuosa suya que conservo: "que usted ha recorrido en sus más apartados alrededores y rincones realizando una hazaña en que tal vez no tiene usted un competidor bogotano: *Pasar un día y una noche sobre el cerro de Monserrate para poder sentir el silencio nocturno de Bogotá y verla iluminada en toda su extensión*". En los primeros momentos Bogotá aseméjase a Valencia y a Málaga. En ella predomina la nota del más auténtico españolismo, cuando se la contempla desde la epidermis. Pero ya cuando se penetra en el alma misma de la ciudad, por doquiera se sorprende uno con la nota parisina. Las casas bogotanas que no son de procedencia colonial o de las primeras épocas de la república, están arregladas con una ornamentación típicamente parisiense. La residencia en que habita el excelentísimo señor ministro de Venezuela, nuestro admirado e inolvidable amigo don José Santiago Rodríguez, que es la casa de los Holguín, en sus salones relieves en estuco, muebles y cortinajes, etc. etc. es una cosa igual a las lujosas casas de París. Pero Bogotá tiene algo más: tiene unas cuantas manzanas modernizadas al estilo norteamericano, con grandes edificios de ocho y diez pisos; sector bancario y comercial de la ciudad que parece indicarle al viajero que en el alma bogotana caben todos los estilos, como en el rayo de luz todos los colores. Los parques de Bogotá sólo se pueden comparar con los de Bruselas o los de Suiza. Son jardines, con las más bellas flores del mundo, con pérgolas, arriates, búcaros, estatuas y fuentes, dignas de los parques de Barcelona, del Luxemburgo o del "Mon Repos" de Ginebra. Entre los edificios se hacen inolvidables el magno y pétreo Capitolio, que por su belleza y volumen yo lo pondría al lado del Palacio de Justicia de Bruselas. El Colegio del Rosario y el Correo, que es un antiguo convento, ambos edificios intensamente coloniales, y todas las iglesias de Bogotá, templos de un valor histórico incomparable, cuajados de pinturas, retablos, ornamentaciones en oro, en plata, etc. etc. La Plaza de Bolívar es sugerente por su españolismo, en parte, pero en parte también porque es el reflejo más puro de esa exquisita alma bogotana, y porque de allí se contempla en el fondo, cual

si fuera un milagroso telón, a ese Monserrate en cuya cima está la iglesia gótica donde se custodia el Cristo colonial del mismo nombre; iglesia, que, iluminada por reflectores durante la noche, parece uno de los alcáceres del Cielo, abierto, desde aquellas cimas, a la contemplación de cuantos transitan por las plazas y calles bogotanas. A este marco geográfico se suma el marco espiritual de la ciudad.

El mismo señorío de la España clásica en los viejos valores bogotanos, de los cuales dos nos dejaron recuerdos muy hondos, don Antonio Gómez Restrepo y don Lucas Caballero, sinceros amigos de Costa Rica. En los valores nuevos, entre las señoritas y los jóvenes, mucho doñaire parisiense; cabal dominio del francés; viva admiración por la cultura de la gran democracia europea. Muy honda amistad cultivé con Sanín Cano, Luis López de Mesa, Laureano García Ortiz, Cornelio Hispano. Estos valores, gemelos en las esferas del arte y de la ciencia, difieren mucho en su estilo, en sus maneras, en sus reacciones. Sanín Cano es corpulento, fuerte y sanguíneo como los viejos troncos castellanos. De maneras suaves, como hombre habituado a todos los medios, lleno de prestancia y señorío conversa con la misma elegancia con que escribe, y su frase palpita tachonada de anécdotas asaz interesantes. Luis López de Mesa, elegante en la postura, en el gesto, en la frase, vive impregnado en una atmósfera de ciencia y de sociología; fue maestro conspicuo, ministro de educación nacional brillante; es conferencista ilustre y ocupa ahora con brillo singular el ministerio de relaciones exteriores. Laureano García Ortiz, diplomático "pur sang", académico e historiador eminente, me brindó su afecto, su simpatía; impúso-me detalladamente de sus actuaciones diplomáticas al servicio del país como internacionalista que arregló desavenencias de fronteras etc., etc. Cornelio Hispano, vive en una casa de arte, de pájaros, de flores, de plantas con aromas exquisitos. En medio del patio central de esa casa, digno del ilustre autor del Libro de Oro de Bolívar, osténtase un busto de Homero sobre el cual de continuo posan los pájaros que viven libres y felices en el jardín de la morada del atilado escritor. En la generación siguiente, entre una pléyade de académicos de talla, Luis Augusto Cuervo y Daniel Samper Ortega destacan por su cultura exquisita, por su talento muy bien cultivado y por su dinamismo incomparable y casi heroico. Sobre este hombre ilustre han girado los actos más trascendentales del Centenario y el progra-

ma ha podido cumplirse sin una nota discordante ni un tropezamiento, merced al espíritu suyo; a ser él un hombre fuerte de cuerpo y de alma. Para él y su familia gentilísima mi más honda y sentida gratitud!

Entre los políticos jóvenes, muchos son los que brillan; y brillan como gemas legítimas. Antonio Rocha, Carlos Lozano, Alfonso Araújo, Urdaneta Aibeláez, Lleras Camargo, Arciniegas, gran periodista. Enrique Santos (Calibán), fuerte y castizo escritor, Zalamea Borda, escritor atildado, pensador sobrio y profundo. En fin, son tantos los valores que en todos los dominios y en cuantas disciplinas constituyen el saber humano tiene la Colombia de ayer y la de hoy, que sólo llenando varias columnas con sus nombres pudiera alcanzar a presentarlos al país. Entre estos valores, Antonio Gómez Restrepo es siempre el maestro venerable. Max Grillo se destaca como político, como poeta, como dueño de la forma. Con el aprestigian al Senado entre otras figuras de relieve: Jorge Zawadzky, Armando Solano, el senador Samper, etc., etc. Y coordinando tanta fuerza selecta, ayer el presidente López, sereno y valeroso en sus resoluciones; ahora, el presidente Santos, cultísimo, de maneras afables en extremo, de vigorosa mentalidad e intensa cultura. Empujan ellos el incontenible progreso de la nación colombiana y acrisolan día con día, en el gobierno, esta obra vertiginosa del partido liberal, que sin afectar lo que de grande tiene el pasado, acomoda la realidad nacional colombiana al ritmo de la velocidad y del empuje que imprime carácter al trágico e interesante momento a que asistimos.

\* \* \*

Así como el despertar material de Colombia, es su despertar en los dominios docentes. Todos sabemos que Agustín Nieto Caballero en este campo, es un precursor. Es el verdadero precursor. Por ello hizo muy bien Ferrière en llamarle en uno de sus libros, el primer pedagogo de Hispanoamérica. La obra de Nieto, antes aislada, tiene ahora ámbito. El gobierno liberal, desde el ministerio de educación nacional, sigue el mismo rumbo suyo y está haciendo horizontal, lo que sólo fuera vertical: la reforma de la vieja escuela. Debo declarar una íntima satisfacción. La técnica con que aquellos valores piensan conviene adoptar los nuevos sistemas, es la misma que he aplicado en mi país, merced al eficaz apoyo del presidente de la república, licenciado don León

Cortés. De labios de Agustín Nieto Caballero recogí esta declaración: "Me entusiasma la pedagogía del buen sentido". Y conste que Agustín Nieto Caballero fue discípulo de Bergson, de Durkheim y fue amigo de Decroly, quien visitó y vivió durante algunos meses en Colombia como invitado especial. El Gimnasio Moderno de Agustín Nieto Caballero, es un verdadero paraíso pedagógico. El Instituto Pedagógico Nacional en la Avenida de Chile, como edificio es un verdadero palacio, y como organización docente es admirable; nada deja que desear, y mucho puede enseñarnos. Visité una escuela normal rural que parecióme en extremo interesante. Sobre la base de éstos y algunos establecimientos docentes más, está hoy operando Colombia la reforma de sus sistemas, tarea que habrá de ser larga y difícil si se toma en cuenta el tamaño del país y la compleja organización legal a virtud de la cual en el campo docente, como en los demás sectores estatales, ciertos atributos corresponden al gobierno nacional, otros a los gobiernos departamentales y otros a los ayuntamientos. A más de Nieto Caballero traté entre muchos preceptores eminentes a la distinguidísima educacionista doña Celia Duque de Duque, a doña Leonilde Zapata y a doña Clementina Pinzón, maestras preparadísimas y muy comprensivas de la tarea que les incumbe. Muy grato me fue, además, recibir para mis visitas el apoyo y el estímulo de mi amigo muy querido y respetado, don José Joaquín Castro Martínez, ministro de educación nacional en el gabinete del excelentísimo señor presidente López. De él, lo mismo que de los jefes de enseñanza del ministerio, conservo muy gratos recuerdos.

\* \* \*

Todas las fiestas del Centenario fueron lucidas e imponentes. Pero entre ellas, sobresalieron los inolvidables conciertos sinfónicos, las conferencias y exposiciones de la Biblioteca Nacional y, a juicio mío, el traslado de los restos de don Gonzalo Jiménez de Quesada del Cementerio, a la Catedral de Bogotá, acto éste que recordaré toda mi vida.

La orquesta sinfónica de Colombia es magnífica. La dirige el maestro Espinosa, muy artista y muy competente. El conservatorio tiene además una banda de conciertos que da gusto oír. Con ocasión de las fiestas del Centenario trasladáronse a Bogotá, entre otros artistas eminentes, Armando Carvajal, director del Conservatorio de Santiago de Chi-

le, y Oscar Lorenzo Fernández, director del Conservatorio brasileiro de música. Oí los conciertos sinfónicos que este gran maestro dirigió. Admirable, emocionante, la música de concierto brasileira. Está llena de colorido, de paisaje, de vida. No pude escuchar los de Carvajal por cuanto se habían señalado en días en que no estaba ya en la cultísima capital de Bogotá. El maestro Sojo, de Caracas, llevó consigo un coro de ochenta personas entre mujeres y varones, y alcanzó en el Teatro de Colón resonante éxito por la bellísima armonización de un conjunto vocal tan selecto como nutrido.

A más de valores de nuestro continente como Gango Aema y Jijón, el general Chiriboga del Ecuador, el profesor La Torre, de Chile, Alfred Coester, de California, Octavio Méndez Pereira y Ernesto Castillo, de Panamá, asistieron a las fiestas centenarias el sociólogo francés Andrés Siegfried, el doctor P. Rivet, uno de los primeros arqueólogos del mundo, director del museo de París, Guillermo Entwistle, catedrático de la Universidad de Oxford, José Cuatrecasas, director del Jardín Botánico de Madrid, José María Ots Capdequí, profesor de la Universidad de Valencia. Todos estos sabios y publicistas, sobre los temas más variados hicieron sus respectivas conferencias. La Biblioteca Nacional, cuyo edificio sólo es superado en América por el de la Biblioteca de Washington, según lo oí declarar a varios huéspedes de Bogotá, alberga hoy en sus salones las más valiosas exposiciones de arte y pintura. La sala de España es admirable! Ello solo justificaría un largo comentario. Está llena de los más valiosos cuadros españoles de pintura moderna, auténticos todos. Entre ellos, figuran dos de Picasso, originales. Las salas del Ecuador, de Bolivia, de Chile, de Panamá, son santuarios del arte, de la arqueología, etc., etc.

\* \* \*

Entre los costarricenses que han triunfado comercialmente en Colombia, debo referirme, por modo especial a Miguel Angel Blanco y sus hermanos. Cultos los tres hermanos Blanco, henchidos de amor por la patria, al aereo suyo arrimanse todos los costarricenses que pasan dificultades, encontrando de parte de ellos la mejor acogida y siempre un corazón generoso, noble, dispuesto a servir al compatriota. Los recuerdo y recordaré con gratitud y satisfacción. En Bogotá Rolando Blanco, a fuer de discípulo mío, en el Liceo de Costa Rica, se condujo como un verdadero hijo. Para ellos, mi honda gratitud! Debo una frase de afecto para nues-

tros finos cónsules en Colombia, el doctor Jorge Triana, nuestro culto cónsul de Bogotá, don Jesús Ramírez Johns, nuestro magnífico cónsul en Medellín, y don Carlos A. Merlano, cultísimo caballero, que en Cartagena desempeña el consulado de Costa Rica. Pude apreciar, asimismo, las cualidades de don Pablo C. Marulanda, nuestro buen cónsul en Cali. No encuentro la frase apropiada para declarar mi gratitud a la distinguidísima familia Pradilla Pinto, familia colombo-costarricense, que vive en Bogotá en la mejor posición política y social, rodeada del afecto y del cariño de aquella nación ejemplar. El mayor de los jóvenes Pradilla, Antonio María, mi antiguo compañero en el Liceo de Costa Rica, es ahora el gobernador del Departamento de Cundinamarca. Bajo su jurisdicción trabajan hoy un millón doscientos mil habitantes que tiene dicho Departamento, el cual como se sabe bien, contiene a la capital de la república. Ello dirá de la inmejorable posición política de que merecidamente disfruta el señor Pradilla, quien ha desarrollado las empresas que le dejara su ilustre padre, el inolvidable don Gustavo Pradilla, a quien tanto tratamos y quisimos aquí. Esas empresas han prosperado en forma saliente por los esfuerzos aunados de Antonio María, Jorge, Gustavo y Arturo. Las hijas de don Gustavo y doña Mercedes, son ahora damas distinguidas casadas con cultísimos caballeros de la más selecta sociedad bogotana.

Vi en Bogotá y de él recibí atenciones y en sus labios oí frases de profundo amor para Costa Rica, al ex-presidente de Nicaragua, don Juan B. Sacasa, al general Faraón Pertuz, ex-ministro de Colombia en Costa Rica, y al doctor Máximo Zepeda, eminente abogado centroamericano que representa fuertes intereses en Bogotá.

En medio de este cúmulo de recuerdos de un viaje que constituye un episodio en mi propia vida, y que vale por muchos de los años monótonos que singularizan la existencia normal que se nos brinda en la tierra, me recordaré siempre, marchando con paso solemne, mirada conmovida y unas cuantas lágrimas en las mejillas, cerca de la inmensa curriña de un cañón del ejército colombiano. Acompañaba entonces, desde el cementerio hasta su actual refugio, los restos del Adelantado, don Gonzalo Jiménez de Quesada. Esas venerandas reliquias iban en una caja de plata repujada, sellada con los escudos de Colombia y de Bogotá. Envolvíase esa caja entre los colores invictos del pabellón de Colombia, en ese momento más reluciente que nunca. Conmigo mar-

chaba en la misma actitud severa la Academia de Historia y un concurso selecto de damas, vistiendo riguroso luto. Este desfile envolvíase en las milicias de Colombia, las cuales ostentaban vistosos y elegantes uniformes y armas modernas y relucientes. Así caminamos a lo largo de la Séptima Avenida, por una vía de muchos kilómetros, en cuyas aceras la multitud se congregaba, cual se fuera una masa informe. Los balcones de los edificios de tres, cuatro y cinco pisos de aquella avenida, estaban repletos, llenos de gente. Así llegamos a la sobria, a la imponente Catedral, en donde los armoniosos acordes del órgano acompañaron al coro del Conservatorio, el cual cantó en honor del héroe, la más fina música de Mozart. Terminados estos cánticos y después de un silencio profundamente religioso e imponente, en extremo, vestido de lujosa capa negra de seda, llevando en sus manos los aterciopelados guantes de marqués, monseñor Castro Silva, rector del Colegio del Rosario, sucesor en ese puesto y en los prestigios de la cátedra sagrada, del gran Carrasquilla, subió las gradas del púlpito de oro de la catedral bogotana, para decir allí en homenaje del Adelantado, del héroe y fundador, la oración sagrada y académica más elocuente y más profunda que haya escuchado hasta el presente. Así la palabra de Dios, en labios de su eximio ministro, como un hálito bienhechor, extendióse sobre la arrogante y aristocrática ciudad....

ALEJANDRO AGUILAR MACHADO

